

EL PERU FRENTE AL SIGLO XXI

Capítulo 16

Gonzalo Portocarrero - Marcel Valcárcel (Editores)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



El Perú frente al Siglo XXI

Primera edición, abril de 1995

Cubierta: Mochy Gonzales
Diagramación: Yoryina León M.

El Perú frente al Siglo XXI

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18.
San Miguel. Apartado 1761. Lima 100, Perú. Tlfs. 462-6390;
462-2540, Anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos Reservados
ISBN 84-8390-990-1

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Cecilia Rivera

LA FAMILIA: LA PERSPECTIVA DE LOS
NIÑOS. UN INTENTO DE INTERPRETAR LAS
AUSENCIAS DEL PADRE EN LA INFANCIA DE
JOSE MARIA ARGUEDAS

ESTUDIOS DE FAMILIA

“O bservar a las familias, su funcionamiento como una micro unidad económica, el tejido de grandes solidaridades y pequeños desafectos en su interior, los complicados procesos en la toma de decisiones y en la distribución de la cuota del poder entre hombres y mujeres, viejos y jóvenes, es un ejercicio relativamente antiguo y no privativo de una sola disciplina. Sin embargo, con mayor nitidez desde hace un par de décadas, ese espacio –ya afinado conceptualmente como unidad doméstica para salvar los constreñimientos de los lazos de parentesco– es un recurrente campo de estudio de las Ciencias Sociales. La unidad doméstica es el puente de análisis entre los individuos y la sociedad, pues media entre un conjunto variado de comportamientos individuales, como la participación en el mercado laboral, los patrones de consumo y la migración, y procesos sociales y económicos mayores que influyen y a la vez son influidos por los primeros (Schmink, 1984)”. Con estas palabras Maruja Barrig (1993) inicia el primer capítulo de su libro *Seis familias en la crisis*.

Aunque en términos generales coincido con Schmink quisiera agregar unas notas sobre algunos aspectos que ella no considera. En primer lugar los estudios sociológicos sobre la familia no suelen analizar los procesos culturales de los cuales también son mediadores, tienden además a concentrar su atención en el estudio del comporta-

miento de los adultos y así la perspectiva de observación que normalmente adoptan es también la de ellos. Se ha privilegiado el estudio de la familia en tanto unidad productiva, y quizás como espacio de discriminación y conflicto de poderes al interior de la pareja conyugal. Al fijar hoy nuestra atención en las familias, usualmente las interpretamos como portadoras de estrategias de supervivencia o de producción, como estrategias de poder y como sociedad de adultos.

Los niños, sin embargo, son elemento fundamental en ellas –no sólo la relación entre adultos– pues es su presencia la que convierte la asociación de los adultos en familia. Y nos remite a ese tipo de unidad doméstica donde un número importante de los miembros dependientes son menores de edad. La unidad doméstica es fundamentalmente una división económica –asunto de “grandes” podría decir un niño– donde sin embargo los menores son tanto fuente de ingresos, de fuerza de trabajo, como de gastos. Es más, en algunos contextos culturales no es –como ocurre en otros– el matrimonio lo que permite acceder al mundo adulto, sino la presencia de los hijos. Así ellos tienen para sus padres significados prácticos, pues por diferentes razones en cada contexto permiten el acceso a mayores redes sociales y a recursos económicos. A pesar de su importancia, cuando nos ocupamos de los niños resulta práctico y por cierto muy útil ubicarlos en el contexto de una familia concebida como unidad económica y política. Pero notemos que allí el niño es parte de la lógica de otros y objeto pasivo de sus actitudes y comportamientos¹.

Menos atención e importancia se otorga a otros aspectos de las funciones familiares como la socialización de los niños y la formación de sus pautas culturales. Cuando se los considera es por supuesto muy difícil colocarse en la perspectiva de los niños, ver con sus ojos el panorama. Aún así intentaré privilegiar en este trabajo la manera cómo una situación puede ser vivida por un niño.

-
1. Muy interesantes trabajos de este tipo son: Anderson, Jeanine. *Desde Niñas, Género y Postergación en el Perú*, UNICEF. Consorcio Mujer, Lima, 1993., Alarcón, Walter. *Entre Calles y Plazas. El trabajo de los niños en Lima*, ADEC-ATC, IEP, UNICEF, Lima, 1991. Zuloaga, Elsa, Alejandra Rossel y Laura Soria. *Los niños del Perú. Pautas y prácticas de crianza*, UNICEF, DESCO, 1993.

JOSE MARIA ARGUEDAS

Dejémosnos introducir en el tema examinando algunos aspectos de la infancia de José María Arguedas. Claro, quizá debamos explicar primero por qué escoger la biografía de este personaje como puerta de entrada. Puede haber razones circunstanciales y hasta motivos personales que no vienen al caso. Pero además de ellos, ocurre que su infancia está marcada por la experiencia del abandono a la que se refiere cuando escribe por ejemplo: "a Doña Cayetana, mi madre india, que me protegió con sus lágrimas y su ternura, cuando yo era un niño huérfano alojado en una casa hostil y ajena".

En ella está también el origen de ese otro gran mito respecto de su figura: Arguedas: mestizo serrano. Serrano era, pero mestizo en estricto sentido no. Sin embargo no es difícil comprender que la falta de madre debía ser llenada y aceptar que Doña Cayetana ocupara su lugar convirtiéndolo a Arguedas en un niño mestizo que puede luego decir "... Porque yo aprendí a hablar castellano con cierta eficiencia después de los ocho años, hasta entonces sólo hablaba quechua" (CCP, p. 41).

La mayoría de los autores que han escrito sobre la vida y obra de José María Arguedas coinciden con él en que su experiencia infantil fue decisiva, no sólo porque ella le permitió conocer el mundo indígena sino también porque ella fue traumática, cosa que él mismo se encargó de divulgar. En el origen de esta experiencia se encuentra la orfandad, la muerte de su madre que lo deja desprotegido para siempre.

Puede ser que su experiencia infantil no sea en nada representativa de la experiencia del promedio de los peruanos. A lo mejor sólo fue una manera muy personal de vivir circunstancias vitales comunes a la generalidad de los provincianos en este siglo, o quizás todo fue excepcional. Como fuere, la infancia de José María Arguedas, y la manera cómo fue experimentada e interpretada, nos servirán de pretexto y de entrada al mundo de las relaciones intrafamiliares vistas en la perspectiva de un niño. Sólo en otro momento sabremos si la experiencia arguediana es representativa o sólo ilustrativa.

LA INFANCIA

José María Arguedas era el segundo de 5 hermanos de padre. Miembro de una familia que creció desperdigada en la sierra de

Ayacucho. Relataré aquí la historia de su infancia componiendo una versión que busca subrayar los puntos que me parecieron más sorprendentes cuando revisaba la "Biocronología" que Mildred Merino hace de su vida².

La primera sorpresa no tarda mucho. Llega con el primer párrafo cuando la autora señala que José María Arguedas nació en 1911 y era hijo de una familia que pertenecía a la pequeña burguesía provinciana. El padre, Víctor Manuel Arguedas Arellano, cusqueño, era un abogado que ejercía de juez y que en razón de su trabajo se veía obligado a trasladarse continuamente de pueblo en pueblo. La madre, Victoria Celestina Altamirano Navarro, era blanca, como él, y de una familia andahuaylina de prestigio. En verdad no hay nada extraordinario aquí, es sabido que Arguedas no tenía padres indígenas, aunque quizá yo no era consciente de que pertenecía a familias de prestigio y que el padre venía del Cusco. Lo interesante es darse cuenta que su origen familiar no concuerda con la imagen de mestizo que tenía de él. Aún más, reconocer que es posible considerar mestizo a alguien que sabemos no es hijo de blanco e india, ni de indio y blanca. Estaba muy presente en mi memoria esa frase con que Arguedas empieza su discurso al recibir el premio Inca Garcilaso de la Vega: "Yo no soy un aculturado...". Sólo un mestizo puede expresarse así, sobre todo uno que es visto por quienes lo rodean como mestizo. Un mestizo con padres blancos, una incongruencia en la imagen que tanto Arguedas como nosotros tenemos de él fue algo que me llamó la atención y me puso alerta.

La biocronología continúa relatando que Arguedas tenía un hermano, Arístides, poco más de dos años mayor y otro, Pedro, de sólo algunos meses de nacido, cuando en 1914 a la edad de tres años pierde a su madre. Claro, pensé, allí está la explicación de la incongruencia. Recordé que Arguedas era huérfano y fue acogido y criado por indígenas, tenía una madre india a la que se refiere en esa frase ya citada: "a Doña Cayetana, mi madre india..."

No nos es difícil aceptar que la falta de madre debía ser llenada por otra mujer. Y también que Doña Cayetana ocupara su lugar convirtiendo a Arguedas en un niño mestizo que puede luego decir "...

2. Merino de Zela, E.Mildred, *José María Arguedas. Vida y Obra*. CONCYTEC.

Porque yo aprendí a hablar castellano con cierta eficiencia después de los ocho años, hasta entonces sólo hablaba quechua" (CCP, p. 41). En nuestra lógica es normal que las mujeres del servicio doméstico se ocupen de atender y dar cariño a los niños cumpliendo roles similares a los de la madre. Careciendo de madre, otra mujer tiene que hacerse cargo del niño. Ante la ausencia de familiares femeninos no tiene por qué extrañar que Arguedas encontrara en la mujer que trabajaba en el servicio doméstico una madre sustituta. Forgues dirá que Arguedas es como sus héroes blancos huérfanos que buscan una madre india en la cual refugiarse.

Pero las cosas no fueron tan simples. Desaparecida la madre el padre se ve solo con tres niños pequeños. Encuentra en su familia el auxilio que necesita. Su hermana, Amalia Arguedas de Guillén, casada con un importante terrateniente de Apurímac recoge al niño de 6 meses. El niño es entregado en adopción. La familia guarda el secreto. José María Arguedas, su hermano y padre se trasladan una temporada a la casa de la abuela paterna que vive en Andahuaylas con sus hijos. Una vez ubicado allí el niño José María, el padre se muda de pueblo y lleva consigo al hijo mayor que para entonces tenía seis años. Y aquí me detengo nuevamente. No es sólo que la familia se ha desintegrado. No. El padre reparte a sus hijos entre sus familiares y deja a Arguedas con la abuela. Me pregunto ¿cómo vive Arguedas esta experiencia y cómo la procesa, cuándo empieza a entenderla? En todo caso no hay duda, la desaparición de la madre fue crucial en la biografía de este gran novelista pues es éste el acontecimiento que desencadena los demás.

Arguedas, ahora en casa de la abuela paterna, cuenta también con una hermana de su madre, maestra en Andahuaylas, que se ocupa de él. El padre lo visita regularmente y al cabo de algún tiempo la tía queda embarazada del cuñado. Cuando nace Carlos, su tercer hermano, Arguedas tiene ya 5 años, pero su tía y el niño dejan Andahuaylas rumbo a Ayacucho donde se instalan. Arguedas no permanece mucho tiempo con su abuela, al año siguiente el padre contrae matrimonio con una viuda, Grimanesa Arangoitia viuda de Pacheco, terrateniente de San Juan de Lucanas y vuelve a reunir a la familia –en fin, parte de ella– para lo que manda traer al niño a Puquio donde ahora residirá con sus dos hijos y su esposa.

Con este matrimonio, José María Arguedas y su hermano Arístides adquieren una nueva madre. Y ésta, dos entenados que deberán ahora

vivir con ella y sus propios hijos, aun cuando el marido reanude al año siguiente sus viajes dejándole a los niños en la hacienda. Aquí es cuando doña Cayetana se hace cargo del niño y cuando se inician las experiencias traumáticas de su infancia –relegado a la cocina, maltratado por su hermanastro– que acrecientan la sensación de angustia y abandono que ya lo aquejaban, esas que lo desvelaban y se aliviaban sólo con la presencia del padre. Pero tampoco aquí permanece mucho tiempo, refugiándose en el regazo de Doña Cayetana. Con 9 años, él y su hermano se fugan a la hacienda Viseca de los tíos Perea. Allí permanecen dos años hasta que el padre los recoge y vuelven a San Juan con la madrastra.

El padre abogado sigue su vida itinerante y en ocasiones hace largos viajes en los que lleva sus hijos consigo, a Ayacucho y Cangallo, a Arequipa y a Cusco. Por lo demás, los deja al cuidado de su esposa y por dos períodos escolares internados –una vez en el colegio en Andahuaylas y otra en Ica– hasta que se separa de ella. Para entonces Arguedas tenía 16 años.

Desde entonces Arguedas procura seguir a su padre. Se traslada en Huancayo donde él se encuentra. El padre sigue viajando: Pampas, Huancayo, Yauyos, San Juan, nuevamente Yauyos. Y Arguedas matriculado en el colegio en Huancayo o en Lima abandona sus estudios para ir en busca de su padre cada vez que surgen sus angustias. Mientras tanto nace en San Juan de Lucanas la hermana menor de Arguedas, cosa que él y sus hermanos ignoran. Los tíos que una vez habían cobijado a José María Arguedas y su hermano la reclaman y adoptan.

Esta historia infantil fue para mí, por decir lo menos, desconcertante. ¿Cómo hacer un resumen de ella? ¡Tantas madres, tantas esposas, siempre un arrimado! Uno puede preguntarse si Arguedas tuvo en realidad alguna vez una familia, un hogar tal como nos lo imaginamos cuando pensamos en las necesidades de un niño pequeño. En ningún lugar estuvo mucho tiempo, ningún lugar era su casa. Arguedas vivió su infancia como una experiencia de abandono y postergación. Pero, ¿fue en verdad, como todos parecemos creer, la desaparición de su madre la causa de la precariedad e inestabilidad de su infancia? ¿La causa de su abandono? Me pregunto si no son para el niño tanto o más importantes las ausencias de su padre que llevándose a su hermano lo deja primero donde la abuela, después donde la madrastra y finalmente en el internado escolar.

Es probable que nos sintamos inclinados a responder adoptando por lo menos dos actitudes que revelan algunos de los mecanismos de nuestras formas de juzgar el abandono. Una defenderá que Arguedas nunca estuvo abandonado, pues siempre tuvo quien lo atendiera, la abuela, la tía, la madrastra y toda su servidumbre, además de su padre que se ocupaba de su sustento, llevando incluso una excelente relación personal con su hijo, espaciada en el tiempo pero profunda e intensa. En general resulta así incomprensible, si no es por un rasgo muy personal de su carácter, que Arguedas se pudiera sentir abandonado. Notemos que esta actitud confunde la manera cómo nuestros ojos de adultos ajenos ven la situación, con la forma como la ve un niño, suponiendo que si todos cumplieron con sus obligaciones el niño no estaba, ni debía sentirse abandonado.

La segunda actitud propone que si había algún abandono era la inevitable pérdida de la madre, situación que fue la más significativa en la infancia de Arguedas. En este caso la noción de niño abandonado está asociada fundamentalmente a la ausencia física de la madre aún cuando otros pudieran cumplir su papel. Ambas actitudes tienen en común revelar que a quienes las adoptan les es más familiar imaginar que el niño podría sentirse abandonado porque no tiene mamá, pero les cuesta más trabajo imaginar la hipótesis contraria: que esta situación provenía más bien de las ausencias de su padre y que fue esta relación tanto o más significativa en su infancia.

EL ABANDONO

Abandono no es un término unívoco, tiene que ser calificado y adquiere sentidos distintos según a que esté asociado. En nuestro sentido común un niño que está abandonado es cualquiera que no tiene madre y por extensión, padre tampoco. ¡Si no tiene madre, imaginamos, cómo va a tener padre! Pero el término se combina entre quienes se ocupan de tratar los problemas sociales de preferencia con algunos otros y decimos madres abandonadas, niños abandonados. Entendemos en esta asociación que las madres y los niños pueden ser abandonados. Pero no así las mujeres sin hijos³. Los niños, directamente abandonados,

3. Esto no quiere decir de manera alguna que no existan, por ejemplo, padres abandonados. Su número parece estar aumentando y su situación se hace notoria (M. Barrig,

o indirectamente a través de sus madres, son el eje de esta nuestra noción de abandono. Una novia o enamorada abandonada, dejada, no es más un problema social, sino estrictamente personal. Dejar a la pareja sin hijos no tiene consecuencias que ameriten hablar de abandono, ni siquiera prestarles atención, ya no más, esos eran problemas de otros tiempos⁴. Los hijos son el centro de la noción.

Pero si esto es así, ¿por qué no hablar también de padres abandonados? ¿Es acaso que los únicos que pueden producir abandono son los varones? Si no, ¿es que las mujeres no abandonan a sus hijos y maridos? ¿O es sólo que ellas no pueden producir padres abandonados?

Aunque no solemos prestarle atención, y los tomamos como casos aislados, no es que no exista la situación. Puede ser menor en número, pero las madres también abandonan a sus hijos, sea porque mueren, como la madre de Arguedas o porque abandonan al padre. Huyen de él, migran con o sin sus hijos produciendo también niños abandonados. Lo que no producen es padres abandonados, no se nos hubiera nunca ocurrido pensar en el padre de Arguedas como un hombre, o un padre abandonado. En nuestro sentido común hay madres y niños abandonados pero los hombres abandonados son inconcebibles porque abandono significa también incapacidad, necesidad de ayuda, sostén y protección. En nuestros patrones culturales mujeres y niños son débiles, e incapacitados, requieren protección. Los varones no, se bastan a sí mismos, no requieren ayuda por lo que no pueden encontrarse en condición de abandono. Abandonado es aquel que necesítandolo no tiene a quién acudir. Quien no requiere o debiera requerir ayuda, por más solo que se encuentre no está abandonado. Según estos patrones culturales las mujeres que abandonan a sus hijos y maridos son responsables de faltar a sus obligaciones. Pero el crimen es mayor, monstruoso, cuando se abandona a un niño, que cuando se deja al marido. No sólo porque el niño, niño abandonado, está indefenso, sino sobre todo porque la ayuda que puede darle es fundamental para el niño. Al

op. cit.) cuando, debido a la situación de penuria, procuran hacer uso de los comedores populares y otros servicios pensados para atender a los niños y que por eso están dirigidos a las madres.

4. Ver Mannarelli, María Emma, Pecados Públicos. *La ilegitimidad en Lima*. Siglo XVII, Ediciones Flora Tristán. Lima, 1993.

marido en cambio no puede darle nada fundamental. No hay padres abandonados.⁵

En un segundo sentido la asociación niños abandonados da a entender que nos estamos refiriendo a un menor que carece de ambos padres, ni papá ni mamá. O más bien ni mamá, ni papá. Lo primero que se nos ocurre preguntar es ¿dónde está su mamá? Según nuestras concepciones ella es la que se ocupa de los niños. Y como imaginamos que por razones sociales y económicas las madres no pueden existir solas, cuando escuchamos que no tiene mamá entonces tememos: ¿Y el padre? Un niño huérfano o abandonado no tiene quién lo proteja, alimente y eduque. No hay quién se ocupe de él, no tiene un lugar que sea el suyo; es más, no está relacionado con nadie. Esto lo convierte en un marginado cuyas opciones son morir o convertirse en un peligro social. Para evitarlo estos niños deben ser recogidos, procurándoseles una familia sustituta.

Las asociaciones funcionan también en el sentido contrario: un niño que carece de vivienda, vestido y educación es un niño abandonado. El término niño abandonado nos remite a la imagen de lo que entendemos por abandono total psicológico, moral, económico y social.

Pero existen también otros dos contenidos de abandono según sea el padre o la madre aquello de lo que carece el niño. Si no tiene madre podemos pensar en un niño abandonado porque no hay quién lo cuide, le prepare la comida y la ropa, lo lave, lo lleve al colegio y lo corrija. Estamos pensando más bien en carencias y descuido cotidiano y no siempre en carencias afectivas que podríamos llamar abandono psicológico y quizás moral. Si bien es a la madre a la que le corresponde o se le permite consolar a los hijos, lejos de lo que solemos pensar, no siempre se espera que esta sea una función necesaria. Atender y consolar o dar apoyo afectivo son siempre tareas femeninas. Sin embargo proporcionar apoyo afectivo no es siempre considerado necesario ni obligación, es más, algunos patrones de crianza prescriben un comportamiento según el cual la relación con los hijos distante y fría es la forma

5. En *Seis familias en la crisis*, obra ya citada, Maruja Barrig describe un caso que es un desmentido práctico y para cuya descripción usa con reparos el término padre abandonado.

de educarlos correctamente y de evitarles sufrimientos posteriores⁶. En todos los casos sin embargo las tareas femeninas respecto de los niños requieren su presencia física efectiva junto a ellos.

Si no tiene padre en cambio imaginamos otros tipos de abandono, las carencias ahora son de otro orden. Estamos ante un niño que tiene quien lo atienda y le de afecto, su madre, madre soltera o abandonada. De lo que este niño puede carecer es del apoyo económico del padre y del respeto que sólo el padre proporciona. Respeto es, de un lado, control, es decir censura y castigo del comportamiento inadecuado; y del otro, reconocimiento y respaldo social. En este sentido el niño es por un lado un niño pobre, pero por otro y más importante un niño que no tiene quién lo defienda y haga respetar, que carece de su verdadero nombre, el nombre de su padre. Lleva el nombre de su madre o el que ella le puso en honor al abuelo, el hermano o algún otro familiar. Pero si hoy es posible que las madres inscriban a los hijos, si el hecho de que los padres no lo reconozcan no es ya tan gran impedimento ni estigma social, esto se debe a cambios sociales que de un lado otorgan mayor prestigio y reconocimiento a las mujeres, pero sobre todo reconocen del otro lado al individuo como fuente de prestigio por sí mismo. Las obligaciones básicas del padre en todo caso no requieren necesariamente su presencia física, de modo que es frecuente escuchar afirmaciones del estilo: Mi padre nunca nos abandonó, siempre nos mandaba dinero. Así si ellos, a pesar de los problemas y distancias, como en el caso del padre de Arguedas, no se desentienden de los hijos, no hay abandono. No es algo que pueda hacer una mujer, forma parte de las diferencias de género.

En estos dos sentidos también funciona la inversión de la relación entre los términos. Diremos de un niño que no va a la escuela y anda sucio que su mamá lo tiene abandonado, o de un niño relegado en el hogar, maltratado en el colegio y por supuesto de uno no inscrito en los Registros Públicos que no tiene padre. Se abusa de quien no tiene padre que lo defienda. Identificando las carencias aprendemos que quien las padece está abandonado. Según el tipo de carencias sabremos identificar quién lo abandonó.

6. Zuloaga, Elsa, Alejandra Rossel y Laura Soria, *Los niños del Perú. Pautas y prácticas de crianza*, UNICEF, DESCO, Lima, 1993.

Podemos independizar la acción de la persona que la ejecuta y reconocer también niños que están abandonados aún teniendo padres, cuando éstos no pueden cumplir con sus obligaciones. Niños abandonados, niños cuyas madres trabajan y no pueden atenderlos, cuyos padres no alcanzan a satisfacer sus necesidades de alimentación y vestido. Niños que deambulan en las calles pero también aquellos encerrados solos en el interior de sus viviendas. Así el abandono no es sólo la ausencia de alguno de los padres sino una falla en el cumplimiento de los roles y deberes para con los hijos que les corresponde según su sexo. Sin embargo, asumimos ingenua o descuidadamente que la presencia física de los padres basta para resolver todos los problemas del niño. Como si los padres no tuvieran también problemas, como si ellos bastaran para todo.

NUEVAMENTE LA FAMILIA

Niños, madres y aún padres abandonados no sufren del mismo abandono. Y esto es así por el tipo de roles que cada cual cumple y por el tipo de responsabilidad que le compete respecto de los demás miembros de la familia. Los roles se confunden con las identidades de género. Padre varón es quien procura el sustento de la familia, madre es quien prepara los alimentos. En efecto, la noción de abandono remite inmediatamente a la de familia pero no sólo como unidad biológica, ni como unidad doméstica sino en tanto grupo de parientes, es decir de personas con obligaciones mutuas derivadas del matrimonio. Y en ese sentido, por lo menos en el caso de Arguedas, las obligaciones no se limitan a los familiares que puedan formar una unidad doméstica, sino que lo rebasan. Los parientes conforman una red más amplia en la que los niños pueden ser acogidos cuando es necesario suplir alguna carencia.

Aquí es cuando resulta interesante detenerse de nuevo en esa pregunta que plantea la infancia de Arguedas. ¿Entre tantas madres y esposas tuvo él en verdad una familia? En un sentido podemos decir que sí. Tuvo padre, madre y hermanos. Pero en otro sentido diremos que no, nunca vivió permanente o establemente con ellos. Arguedas formó parte de varias unidades domésticas en las que no necesariamente era parte de la familia. Pero tuvo muchos familiares que reconocían obligaciones para con él.

A la muerte de su esposa don Manuel Arguedas se ve solo ante tres niños que requieren atención. Es entonces que se activan otras obligaciones mostrando que los niños no son sólo asunto de sus padres sino también de la familia de estos. En dos ocasiones los hermanos del padre de Arguedas recogen y adoptan a sus sobrinos. Primero, Pedro de seis meses –tercero de los hermanos– es adoptado por los tíos Guillén Arguedas cuando muere la madre; luego Nelly –quinta de los hermanos– sin que estos lo supieran es adoptada por los tíos Perea. Los tíos, hermanos del padre, no pueden desentenderse de los sobrinos, ellos forman parte de su familia. La abuela tampoco puede hacerlo, acoge en su casa al segundo de sus nietos. Los niños adoptados pasaron a formar parte de otra familia, se ocultó la adopción y así se les garantizó el estatus y reconocimiento de hijos legítimos. El niño recogido por la abuela no. ¿Cuál era su lugar en la unidad doméstica de la que ahora forma parte? ¿Qué es ser nieto en el hogar de la abuela y no hijo en su propia familia?

Si desde el punto de vista del adulto los niños están atendidos y protegidos por una amplia red familiar ¿cómo lo vive el propio niño?

LA VIDA COTIDIANA

Prestemos ahora más atención a la experiencia del niño colocándonos en su perspectiva e intentemos descubrir el lugar que se le asignaba y ocupaba en la familia, así como la manera cómo percibía las cosas que ocurrían a su alrededor.

De forma tan ajena a su voluntad como su nacimiento, Arguedas se ve colocado en una nueva familia. La suya, la primera, ya no existe como unidad doméstica y aunque las obligaciones fraternales persisten no pueden cumplirse. El niño tiene sólo tres años, ha vivido en una familia que se mudaba de pueblo con frecuencia y que incluía entre sus miembros por lo menos a la tía Hortencia Altamirano Navarro, hermana de la madre. Ella era la que se hacía cargo de los niños. Ahora ella también se ha ido, de regreso a Ayacucho. El niño debe estar muy confundido, es probable que no entienda nada y también, por su edad, que no recuerde gran cosa. Estará asustado, rodeado de nuevas caras de personas que no conoce bien. Las que él reconocía y más quería ya no están, ninguna. Un niño de tres años no puede entender lo que ha pasado. No puede hacerlo solo, tienen que explicárselo. Abuela, tíos y

su padre tendrán que comunicarle la manera cómo ellos se explican la presencia del niño en la familia de su abuela. La explicación es una que viene cargada de sentido. El niño no sólo vive la situación, también aprenderá a sentirla y razonarla a través de la perspectiva que los miembros de su entorno tienen de ella.

Doña Teresa Arellano de Arguedas vivía por entonces en Andahuaylas con sus hijos menores, mediohermanos del padre de José María. Probablemente reciben al niño con cariño o simpatía y sin ocuparse mucho de él, dejándolo crecer quizás en ese estilo libre que solemos confundir con descuido. Pero el niño da trabajo, que la tía Eudocia Altamirano Navarro, hermana de su madre, u otro de los miembros de la familia tiene que asumir. Es una carga económica, afectiva y de trabajo más, que la abuela y sus hijos no tienen más remedio que aceptar porque el niño es su nieto o nieto de su madre, porque está bajo su mismo techo y no tiene otro lugar dónde ir. Y probablemente también porque el padre se ocupará de los gastos del niño a través de una pensión o algún otro arreglo. Aquí crece hasta los seis años y, aprendiendo a hablar, descubre que no tiene una mamá porque murió y por eso se ocupan de él su tía y su abuela, las cuales posiblemente tienen muchas ocasiones para establecer la diferencia a través de un reclamo del tipo: "Yo no soy tu madre para aguantar tanta majadería" descalificador y excluyente. Y sin embargo es probable que aprenda a llamar con algún eufemismo de mamá a la abuela y quizá incluso a la tía Eudocia. No son su mamá pero puede recurrir a ellas casi como si lo fueran.

Descubre también que ninguno de los mayores con los que vive es su padre aunque puedan castigarlo o corregirlo. Su lugar en la familia de la abuela depende en última instancia de la relación de su padre con ella, y aunque pueda ser estable y confortable, las tensiones nunca faltan. No es de extrañar que los tíos se quejen alguna vez de lo mucho que su madre se ocupa de un niño que ni siquiera es suyo, o de lo poco que hace su padre para ocuparse de él y de la carga económica que significa. Y es probable que note que su seguridad depende de la presencia de su padre que lo visita cada cierto tiempo. Todos deben esperarlo con expectativa, es el momento de hacer cuentas. Cuando llega se preocupa especialmente de José María y de la tía Eudocia Altamirano Navarro, y trae a Arístides consigo, renueva ante su madre su obligación de atender económicamente al sostenimiento del niño o

su necesidad de ayuda y se vuelve a ir. El lugar de Arguedas en esa familia no deja de ser un lugar prestado y transitorio. No tanto porque no tiene mamá, a los ojos del niño es el padre el que lo deja encargado, recibe informes quejas y felicitaciones por el comportamiento del niño, apacigua todos los ánimos y prefiere llevarse al hermano mayor. El niño José María debe estar esperando el momento de poder ir también con su padre.

Y eso ocurre finalmente. Cuando Arguedas tiene seis años el padre contrae matrimonio en Puquio y lo manda llamar. Siete días a caballo le toma alcanzarlo. Nueva familia nuevas reglas de juego. Pero esta vez sin más apoyos afectivos que el padre y el hermano. Por un año viven todos en Puquio, padre, madrastra, hermanos y hermanastros, estableciendo cada cual su lugar. Los niños Arguedas son extraños en Puquio, nuevos en el colegio de sus hermanastros. Su padre los ha traído, al más pequeño también porque ahora sí puede contar con alguien que se ocupe de ellos, su nueva esposa. Para ella son una carga del matrimonio; para sus hijos unos intrusos. Por sí mismos no representan nada a sus nuevos parientes, sólo las obligaciones del matrimonio de la madre.

Seguramente habrá fricciones que no llegarán a nada mientras su padre esté allí para restablecer el equilibrio y el derecho de sus hijos a la consideración y atención de los demás miembros de esta peculiar familia. Pero el padre tiene que ausentarse nuevamente, los niños viven ahora solos con la madrastra y sus hijos. Arguedas ve que su padre lo deja nuevamente en una familia que lo manda a la cocina, que cambia de trato para con él en relación a la presencia del padre y donde por lo menos uno de sus miembros es hostil y violento. Es de esperarse que el niño tenga miedo, miedo que desaparece cuando el padre retorna los fines de semana, para volverse a ir. El padre un juez, un abogado, personaje importante restablece su autoridad y el derecho de sus hijos cada vez que retorna, pero con el tiempo tiene cada vez más dificultades económicas para atender a la familia. El respeto se debilita, los niños son cada vez más una carga económica para la familia de la madrastra, una carga improductiva. Su situación es ambigua, Arguedas se sabe hijo de una autoridad en el pueblo y en el hogar, pero de una que cada vez puede ejercer menos su poder y que se ausenta con mayor frecuencia. El niño no recibe el trato cuidadoso que espera, y es más bien maltratado, relegado. Sufre la ausencia del padre no sólo como períodos de abandono y desprecio, sino también de indefensión.

Ciertamente necesita protección, la del padre que no termina de llegar y consuelo que busca en la cocina y fuera de la familia donde hay otros que pueden acogerlo. Su necesidad de consuelo es mayor cuanto mayor sean las ausencias del padre, por eso huye a la hacienda de los tíos, por eso cuando la madurez se lo permita irá a la búsqueda del padre que siempre le dispensó cariño, por eso los períodos más felices, más profundos serán los que pase viajando con su padre.

Esa necesidad de cariño y protección es concreta e inmediata, se debe a que el padre no puede imponer su autoridad y el respeto que impidan el maltrato o postergación de sus hijos. Arguedas se siente huérfano porque relegado no tiene a quien acudir. Por ello necesita consuelo, que busca y encuentra entre quienes tampoco pueden defenderlo. No pueden cumplir el rol de padre, sólo de madre. Esa transposición de la madre por la mujer y la comunidad de la que habla Forgues⁷ es posible en efecto porque no tiene madre. Pero es necesaria porque las ausencias de su padre lo dejan solo, desprotegido y sin vínculos en el mundo del hermanastro o la madrastra.

Aunque es el padre quien lo deja, tiene padre. ¿Por qué habría de sustituirlo, si lo que quiere es que el padre lo acepte, lo conserve consigo como lo hizo con el otro hermano? Por qué admitir que ese padre que lo quiere y lo recoge cada cierto tiempo, de quien necesita más, lo ha abandonado? ¿Donde quién volverse si al admitirlo lo pierde del todo? Lo que no tiene es madre. No veo ninguna razón por la que Arguedas, como todos los que lo rodeaban y tantos críticos de su obra, no atribuya su orfandad a la muerte de su madre. Después de todo son las madres las que deben estar físicamente junto con sus hijos y consolarlos. Las expresiones: "Soy hechura de mi madrastra", (de ella, del hermanastro) "me lanzaron del otro lado del muro" "mi madre india" no significa no tuve madre, sino más bien no hubo quién me diera mi sitio.

DISQUISICIONES

Todo este razonamiento está basado en la consideración de que es el padre el que otorga ubicación social a los hijos, él es la ley, de él depende el prestigio social de sus allegados. Arguedas vive un mundo donde prima la ley del padre, donde el abandono del varón es causa

7. Forgues, Roland. José María Arguedas. *Del pensamiento dialéctico al pensamiento trágico, historia de una utopía*. Editorial Horizonte, Lima, 1989.

de pobreza, sufrimiento y sobre todo repudio y discriminación social (un mundo descrito en la historia de Orfa, joven madre abandonada, prostituta del *Zorro de Arriba* y el *Zorro de Abajo*, y cuyo nombre –como me hizo notar Nelson Manrique– es un apócope de orfandad).

Pero, ¿qué pasa si las cosas no se perciben así, si el tipo de relaciones sociales cambia, si hay una relación más igualitaria entre marido y mujer como otorgadores de sentido social, o si empezamos a pensar que el valor de las personas procede de ellos mismos o que cada uno lo logra por sí mismo? Si los hijos valen por ellos mismos entonces el sentido del abandono cambia, la necesidad de madres protectoras, y padres todopoderosos desaparece. Si los hijos dejan de ser la demostración del poder viril del padre, y la esposa o mujer un vehículo para desplegarlo. Si adquieren otro significado entonces el sentido y experiencia del abandono varían.

Se puede pasar de un modelo social donde el matrimonio no es mecanismo para tener los hijos que demuestren el poder del padre, que muestren que todo le pertenece, a otro donde el matrimonio es medio para ingresar o acceder a través de la pareja a espacios sociales que le están vedados como soltero o carente de pareja⁸. El padre no es ya todopoderoso, ni la madre la debilidad total. En este modelo los hijos deben adquirir otro valor. Si los padres los han de tener y cuidar no es ya para mostrar que son todopoderosos, tiene que haber otra razón cultural que lo justifique. Los hijos deben poseer un valor por sí mismos, capacidad propia y reconocida de acceso a recursos sociales y culturales. Y al revés. Si los hijos tienen o adquieren valor que no depende del padre, esto significa de un lado que el padre no es tan importante y de otro que los hijos no pueden ser abandonados igualmente. Desde los niños y las mujeres, si ellos pueden manejar recursos deseables y propios, pero sobre todo si pueden apreciarlo así en otro patrón cultural la indefensión y el abandono variarán. La imagen de la mujer que en los últimos años se ha construido en los barrios populares a través de la organización femenina no refuerza la imagen del padre todopoderoso, sino en todo caso la de su fracaso, y promueve la de familias donde padre y madre tienen roles iguales. ¿Pero los niños?

8. Este sería el modelo andino de relación matrimonial propuesto por ejemplo en el artículo de Billie Jean Isbell "La otra mitad esencial: Un estudio de complementariedad sexual andina", Estudios Andinos, año 5, vol.1, Pittsburgh, 1976.

BIBLIOGRAFIA

- BARRIG, Maruja
1993 *Seis Familias en la crisis*, ADEC-ATC, Lima.
- FORGUES, Roland
1989 *José María Arguedas. Del pensamiento dialéctico al pensamiento trágico, historia de una utopía*. EDITORIAL HORIZONTE, Lima.
- ISELL, Billie Jean
1976 *La otra mitad esencial: Un estudio de complementariedad sexual andina*. Estudios Andinos, año 5, vol. 1. Pittsburg.
- MANNARELLI, María Emma
1993 *Pecados Públicos. La ilegitimidad en Lima. Siglo XVII*. EDICIONES FLORA TRISTAN, Lima.
- MERINO DE ZELA, E. Mildred
s/f *José María Arguedas. Vida y Obra*. CONCYTEC.
- ZULOAGA, Elsa, Alejandra ROSSEL y Laura SORIA
1993 *Los niños del Perú. Pautas y prácticas de crianza*. UNICEF, DESCO, Lima.